117

ENCICLICA "MAXIMUM ILLUD"(*)
(30-XI-1919)

A LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL ORBE CATOLICO

SOBRE LA PROPAGACION DE LA FE CATOLICA

BENEDICTO PP. XV

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

1. **El cumplimiento de la misión**
440 **Apostólica.** La grande y santísima misión, confiada a sus discípulos por Nuestro Señor Jesucristo al tiempo de su partida por aquellas palabras: *"Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las naciones"*(1), no había de limitarse ciertamente a la vida de los Apóstoles, sino que se debía de perpetuar en sus sucesores hasta el fin de los tiempos, mientras hubiera en la tierra hombres que salvar por la verdad. Pues bien, desde el momento en que los Apóstoles *"salieron y predicaron por todas partes"*(2) la palabra divina, logrando que *"la voz de su predicación repercutiese en todas las naciones aun en las más apartadas de la tierra"*(3), ya en adelante nunca jamás la Iglesia, fiel al mandamiento divino, ha dejado de enviar a todas partes mensajeros de la doctrina revelada por Dios y dispensadores de la salvación eterna, alcanzada por Cristo para el género humano.

El avance del apostolado, obra de hombres de eminente santidad. Aun en los tres primeros siglos, cuando una en pos de otra suscitaba el infierno encarnizadas persecuciones para oprimir en su cuna a la Iglesia y todo rebosaba sangre de cristianos, la voz de los predicadores evangélicos se divulgó por todos los confines del Imperio Romano. Pero desde que públicamente se concedió a la Iglesia paz y libertad, fue mucho mayor en todo el orbe el avance del Apostolado; obra que se debió sobre todo a hombres eminentes en santidad. Así GREGORIO el Iluminador gana para la causa cristiana a Armenia, VICTORINO a Estiria, FRUMENCIO a Etiopía;
conquista para Cristo a los irlandeses 441
PATRICIO, a los anglos AGUSTÍN; COLUMBANO y PALADINO a los escoceses; más tarde hace brillar la luz del Evangelio para Holanda CLEMENTE WILLIBRORDO, primer obispo de Utrecht, mientras BONIFACIO y ANSCARIO atraen a la Fe católica los pueblos germánicos, como a los eslavos CIRILO y METODIO. Ensanchóse luego todavía más el campo de acción misional, cuando GUILLERMO DE RUBRUQUIS iluminó con los esplendores de la Fe la Mongolia y el B. GREGORIO X envió a la China misioneros, cuyos pasos habían bien presto de seguir los hijos de SAN FRANCISCO DE ASÍS, fundando una Iglesia numerosa, pero que pronto había de desaparecer por completo al golpe de la persecución.

Era misional. Más aun: tras el descubrimiento de América, ejércitos de varones apostólicos, entre los cuales merece especial mención BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, honra y prez de la Orden Dominicana, se consagraron a aliviar la triste suerte de los indígenas, ora defendiéndolos de la tiranía despótica de

(*) A. A. S. 11 (1919), págs. 440-455. (Véase la nota general a la Encíclica "Sancta Dei civitas", 3-XII-1880 de León XIII; en esta Colecc. Encícl. 36, pág. 263). La presente junto con estimular la obra misional al término de la primera guerra mundial desea conjurar el peligro de cierto egoísmo y exagerado nacionalismo que en algunas partes amenazaban con rebajar el prestigio de la misión y disminuir su eficacia, convirtiéndola en sierva de la política. (P. H.)

(1) Marc. 16, 15.
(2) Marc. 16, 20.
(3) Salmo 18, 5.

ciertos hombres malvados, ora arrancándolos de la dura esclavitud del demonio; al mismo tiempo FRANCISCO JAVIER, comparable sin duda con los mismos Apóstoles, después de haber trabajado heroicamente por la gloria de Dios y la salvación de las almas en las Indias Orientales y el Japón, expira a las puertas mismas del Celeste Imperio, como para abrir con su muerte camino a la predicación del Evangelio en aquella región vastísima, donde habían de consagrarse al apostolado llenos de anhelos misioneros y en medio de mil vicisitudes los hijos de tantas Ordenes Religiosas e Instituciones Misioneras. Por fin, Australia, último continente descubierto, y las regiones interiores de Africa, exploradas recientemente por hombres de tesón y audacia, han recibido también pregoneros de la Fe; y casi no queda ya isla tan apartada en la inmensidad del Pacífico, adonde no han llegado el celo y la actividad de nuestros misioneros. Muchos de ellos, en el desempeño de su apostolado, han llegado a ejemplo de los Apóstoles al más alto grado de perfección en el ejercicio de las virtudes; y no son pocos los que han confirmado con su sangre la Fe y coronado con el martirio sus trabajos apostólicos.

2. **Los pueblos que yacen en las tinieblas. - Fin de la presente encíclica.** Pues bien, quien considere tantos y tan rudos trabajos sufridos en la propagación de la Fe, tantos afanes y ejemplos
442 de invicta fortaleza, se admirará sin duda de que con todo sean todavía innumerables los que yacen en las tinieblas y sombras de la muerte, ya que según estadísticas modernas no baja aún de mil millones el número de infieles.

Nos, pues, llenos de compasión por la suerte lamentable de tan inmensa muchedumbre de almas, no hallando en la santidad de Nuestro oficio apostólico nada más tradicional y sagrado que el comunicarles los beneficios de la divina Redención, vemos, no sin satisfacción y regocijo, brotar pujantes en tantas partes de todo el orbe católico los entusiasmos de los buenos por proveer y extender las Misiones Extranjeras. Y así, para encender y fomentar más y más esos mismos anhelos, en cumplimiento de Nuestro oficio y satisfacción de Nuestros más vivos deseos, después de haber implorado con reiteradas preces la luz y el auxilio del Señor, os mandamos, Venerables Hermanos, estas letras con las que os exhortamos a vosotros y a vuestro clero y pueblo a cooperar en obra tan trascendental, indicándoos juntamente el modo cómo podéis practicarlo.

Nuestras palabras dirígense ante todo a aquellos que como Obispos, Vicarios y Prefectos Apostólicos están al frente de las sagradas Misiones, ya que a ellos incumbe más de cerca el deber de propagar la Fe; y en ellos, más que en otro ninguno, ha depositado la Iglesia la esperanza de la difusión del Cristianismo.

No se nos ocultan su ardiente celo, ni las dificultades y peligros grandísimos por los que, sobre todo últimamente, han atravesado en su empeño no sólo de conservar sus puestos y residencias, sino aun de extender todavía más el Reino de Dios. Con todo, persuadidos de su mucha piedad filial y adhesión a esta Sede Apostólica, queremos descubrirles el corazón con la confianza de un padre a sus hijos.

3. **El deber del misionero y de los Superiores.** Tengan, pues, ante todo muy presente, que cada uno debe ser el alma, como se dice, de su respectiva Misión. Por lo cual, edifiquen a los sacerdotes y demás colaboradores de su ministerio con palabras, obras y consejos; e infúndanles bríos y alientos para tender siempre a lo mejor. Pues conviene que cuantos en la viña del Señor trabajan de un modo o de otro,
sientan por propia experiencia y palpen 443
claramente que el Superior de la Misión es padre vigilante y solícito, lleno de caridad, que lo abraza todo y a todos con el mayor afecto; que sabe alegrarse en sus prosperidades, condolerse de sus desgracias, infundir vida y aliento a sus proyectos y loables empresas, prestándoles su concurso, e interesarse en todo lo de sus súbditos como en sus propias cosas.

Y como el resultado vario de cada Misión depende de la manera de gobernarla, de ahí el peligro de poner al frente de ellas hombres ineptos o menos idóneos. En efecto, el misionero novel que, inflamado por el celo de la propagación del nombre cristiano, abandona patria y parientes queridos, tiene que pasar de ordinario por largos y con harta frecuencia peligrosos caminos; y su ánimo hállase siempre dispuesto a sufrir mil penalidades en el ministerio de ganar para Jesucristo el mayor número posible de almas. Claro es, que si éste tal se encuentra con un Superior diligente cuya prudencia y caridad le pueda ayudar en todas las cosas, sin duda que su labor habrá de resultar fructuosísima: pero en caso contrario, muy de temer es que, fastidiado poco a poco del trabajo y de las dificultades, al fin, sin ánimo para nada, se entregue a la postración y abandono.

Además, todo buen Superior debe cuidar primeramente de promover y excitar toda la vitalidad de su Misión hasta que ésta se haya desarrollado por completo. Porque todo cuanto entra en los límites que ciñen el territorio a él confiado en toda su extensión y amplitud, debe ser objeto de sus desvelos y así deber suyo es también mirar por la salvación eterna de todos cuantos habiten aquellas regiones.

Por lo cual, aunque logre reducir a la Fe algunos millares de entre tan numerosa gentilidad, no por eso podrá descansar. Procure, sí, defender y confortar a aquellos que engendró ya para Jesucristo, no consintiendo que ninguno de ellos sucumba ni perezca: pero esto es poco; y crea no haber cumplido con su deber, si no se esfuerza con todo cuidado y sin darse tregua ni reposo, por hacer participantes de la verdad y de la vida cristiana a los que en número sin comparación mayor le quedan todavía por convertir.

4. **La subdivisión de las misiones; mayor número de colaboradores y obras de caridad.** Y para que la predicación del Evangelio pueda más pronta y felizmente llegar a los oídos de cada uno de ellos, aprovechará sobremanera fundar nuevos puestos y residencias, para que, en cuanto la oportunidad lo permita, pueda la Misión más tarde subdividirse en otros centros misioneros, gérmenes asimismo de otros tantos futuros Vicariatos y Prefecturas. Al llegar aquí, hemos de tributar el debido elogio a todos aquellos Vicariatos Apostólicos que, conforme a esta 444
norma que establecemos, han ido siempre preparando nuevos crecimientos para el Reino de Dios: y que si para este fin vieron no les bastaba la ayuda de sus hermanos en religión, no dudaron en acudir siempre gustosos en demanda de auxilio a otras Congregaciones y Familias religiosas.

Por el contrario ¡qué digno de reprensión sería quien tuviese tan como posesión propia y exclusiva la parte de la viña del Señor a él señalada, que en absoluto estorbase el que otros pusieran mano en ella! y ¡cuán severo ha de pesar sobre él el juicio divino, sobre todo si, como recordamos haber sucedido no pocas veces, teniendo aún él sólo unos pocos cristianos y éstos esparcidos entre muchedumbres de paganos, y no bastando con sus propios colaboradores para instruir a todos, se negara no digamos a pedir, pero aun a admitir para la conversión de aquellos gentiles la ayuda de otros misioneros! Por eso, el Superior de una Misión Católica, que no abriga en su corazón más ideal que la gloria de Dios y la salvación de las almas, ante la presencia de la necesidad, a todas partes acude en busca de colaboradores para el santísimo ministerio; ni se le da nada, que éstos sean de su Orden y Nación o de Orden y Nación distintas, *con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado*[4]. Ni sólo busca toda clase de colaboradores, sino que se da traza para hacerse también con colaboradoras o Hermanas Religiosas para escuelas, orfanotrofios, hospitales, hospicios y demás instituciones de caridad, en las que sabe que la Providencia de Dios ha puesto eficacia increíble para dilatar los dominios de la Fe.

(4) Filip. 1, 18.

Amistosas relaciones entre las distintas misiones. Para este mismo efecto, el Superior de la Misión no se ha de encerrar de tal modo dentro de su territorio, que tenga por cosa ajena todo lo que no entra en el círculo de su acción; sino que, en virtud de la fuerza expansiva del amor de Cristo, cuya gloria debe interesarle como propia en todas partes, debe procurar mantener trato y amistosas relaciones con sus colegas vecinos; toda vez que dentro de una misma región hay muchos asuntos comunes, que naturalmente no pueden solucionarse sino de común acuerdo. Mas ¡y qué gran bien de la Religión sería que los Superiores de Misiones, en el mayor número posible y en determinados tiempos, tuviesen sus reuniones donde poder aconsejarse mutuamente!

5. **El Clero Indígena. - Su formación.** Por último, es de lo más principal e imprescindible para quienes tienen a su cargo el gobierno de las Misiones, el educar y formar para los sagrados ministerios a los naturales mismos de la
445 región que cultivan; garantía por otra parte la más segura de las nuevas Iglesias. Pues es indecible lo que vale para sugerir la Fe en las almas de los naturales el contacto de un sacerdote indígena del mismo origen, carácter, sentimientos y aficiones que ellas[5a], pues que nadie puede saber como él insinuarse en sus almas. Y así a veces sucede que se abre a un sacerdote indígena sin dificultad la puerta de una Misión, cerrada a cualquier otro sacerdote extranjero.

Mas para que el clero indígena rinda el fruto apetecido, es absolutamente indispensable que esté dotado de perfecta formación. Para la cual no basta en manera alguna un tinte de formación incipiente y elemental, la esencialmente indispensable para poder recibir el sacerdocio. Su formación debe ser plena, completa y acabada bajo todos sus aspectos, tal cual suele darse hoy a los sacerdotes en tierras civilizadas. Que no es el fin de la formación del clero indígena poder tan sólo ayudar a los Misioneros extranjeros, desempeñando los oficios de menor importancia, sino que su objeto es el formarlos de suerte que puedan el día de mañana tomar dignamente sobre sí el gobierno de su pueblo y ejercitar en él el divino ministerio. Pues siendo la Iglesia de Dios católica y propia de todos los pueblos y naciones, es justo que haya en ella sacerdotes de todos los pueblos, a quienes puedan seguir sus respectivos naturales como a maestros de la ley divina y guías en el camino de la salud. En efecto, allí donde el clero indígena es suficiente y se halla tan bien formado que no desmerece nada su santa vocación, puede decirse que la obra del Misionero está felizmente acabada y la Iglesia perfectamente establecida. Y si más tarde la tormenta de la persecución amenaza destruirla, no habrá que temer que con tal base y tales raíces zozobre a los embates del enemigo.

Deficiencias lamentables en la formación del clero indígena y solución por la S. Congregación de Prop. Fide. Siempre ha insistido la Sede Apostólica en que los Superiores de Misiones den la importancia debida y se aplique con preferencia a este deber tan principal de su cargo. Prueba son de esta solicitud los Colegios que ahora como en tiempos antiguos se han levantado siempre en esta ciudad para formar clérigos de naciones extranjeras, especialmente de rito oriental. Por eso es más de sentir que, después de tanta insistencia por parte de los Pontífices, haya todavía regiones donde habiéndose introducido ha muchos siglos la Fe católica, no se vea todavía clero indígena bien formado, y que haya algunos pueblos favorecidos tiempo hace con la luz y benéfica influencia del Evangelio, los que, no obstante haber dejado ya su barbarie y subido a tal grado de cultura que cuentan hombres eminentes en todo género de artes civiles, en cuestión de clero no han sido capaces de producir ni obispos que los rijan, ni sacerdotes que se impongan por su saber a sus conciudadanos: prueba inequívoca de que es manco y

(5ª) Aquí enseña el Sumo Pontífice que la institución del clero autóctono y de la Jerarquía nativa, o sea, como dicen "la plantación de la Iglesia" no es, como algunos pretendieron la meta formal y el fin último sino un excelente medio de "la predicación del Evangelio", que es lo esencial en la misión para llegar a la fe viva.

deficiente el sistema empleado hasta el día de hoy, en algunas partes, en orden a la formación del clero de las Misiones. Con el fin de obviar este inconveniente, mandamos a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide que aplique las medidas que las diversas regiones reclamen, que tome a su cuenta la fundación, o si están ya fundados, la debida dirección de seminarios que puedan servir para varias diócesis en cada región, con miras especiales a que, en los Vicariatos y demás lugares de Misiones, adquiera el clero nuevo conveniente desarrollo.

6. **Los Misioneros, su preparación.** Y hora es ya, amadísimos hijos, de hablaros a vosotros, a cuantos trabajáis en la viña del Señor, a cuyo celo, juntamente con la propagación de la verdad cristiana, está confiada la salvación de innumerables almas.

Sea principio y base de todo, que procuréis, desde luego, formaros cabal concepto de la sublimidad de vuestra misión, la cual debe absorber todas vuestras energías; misión verdaderamente divina, cuya esfera de acción remonta muy por encima de todas las mezquindades de los intereses humanos, ya que vuestro fin es elevar la luz a pueblos sumidos en sombras de muerte, y abrir la senda de la vida a quienes de otra suerte se despeñarían en su ruina.

7. **El Misionero debe poner la mira en lo sobrenatural.** Convencidos en el alma de que a cada uno de vosotros se dirigía el Señor cuando dijo: *"Olvida tu pueblo y la casa de tu padre"* (5b), recordad que no es vuestra vocación la de dilatar fronteras de imperios humanos, sino las de Cristo: ni para agregar ciudadanos a ninguna patria de aquí abajo, sino a la patria de arriba. Y ¡cuán lastimoso sería que hubiese misioneros tan olvidados de la dignidad de su ministerio, que con el ideal y el corazón más en patrias terrenas que en la celestial, dirigiesen sus esfuerzos con preferencia a la dilatación y exaltamiento de su patria!

Peste sería esa la más nefasta para la vida de un apóstol que, además de relajar en el misionero del Evangelio los nervios mismos de la caridad, pondría en peligro ante los ojos de los evangelizados su propia reputación; porque no hay barbarie ni degradación
que así ciegue a los hombres, que les 447
impida discernir los móviles de interés propio o de caridad que mueven al misionero; y aun los más bárbaros olfatean con sagacidad instintiva los intereses legítimos o bastardos de los predicadores.

Suponed, pues, que, en efecto, entren en la conducta del misionero elementos humanos, y que, en vez de verse en él sólo el apóstol, se trasluzca también en él el agente de intereses patrios, y veréis cuan pronto recaen sobre él las sospechas del pueblo en masa. Pues tal conducta fácilmente los induce a creer que, por ser la religión cristiana de tal o cual nación extraña a la suya, el abrazarla es ya renuncia a sus derechos nacionales para someterse a tutelas extranjeras.

Se condenan miras políticas y nacionalistas. Ved por qué en Nos han producido honda amargura ciertos rumores y comentarios que en cuestión de misioneros van esparciéndose de unos años a esta parte, por lo que se ve que algunos relegan a segundo término, posponiendo a miras patrióticas la dilatación de la Iglesia; y Nos causa maravilla cómo no se repara en lo mucho que su conducta predispone a las voluntades de los infieles contra la Religión. No obrará así quien se precie de ser lo que su nombre de misionero significa, pues éste tal, con la idea siempre fija de que su misión es embajada de Jesucristo y no legación patriótica, se conducirá de suerte que quienquiera que examine su proceder al punto reconozca en él al ministro de una Religión que, sin exclusivismos de fronteras, abraza a todos los hombres que adoran a Dios en verdad y en espíritu; religión *"donde no hay distinción de gentil y judío, de circuncisión e incircuncisión, de bárbaro y escita, de siervo y libre, porque Cristo lo es todo en todos"* (6).

(5b) Salmo 44, 10; Gén. 12, 1.

(6) Colos. 3, 11.

El desprendimiento. Otro escollo, que debe evitarse con sumo cuidado, es el de tener otras miras que no sean las del provecho espiritual. La evidencia de este mal nos ahorra el detenernos mucho en aclararlo. En efecto, quien está poseído por la codicia, imposible que procure, como es su deber, mirar únicamente por la gloria divina; imposible que en la glorificación de Dios y salud de las almas se halle dispuesto a perder sus bienes y aun la misma vida, cuando así lo reclame la caridad. Júntese a esto el desprestigio consiguiente de la autoridad del misionero ante los infieles, sobre todo si, como no sería extraño en materia tan resbaladiza, el afán de proveerse de lo necesario degenerase en el vicio de la avaricia, pasión abyecta a los ojos de los hombres, y muy ajena del Reino de Dios.

El buen misionero debe, pues, con
448 todo empeño seguir también en este punto las huellas del Apóstol de las Gentes, quien, si no dudó en escribir a TIMOTEO *"estamos contentos, con tal de tener lo suficiente para nuestro sustento y vestidos"*[6a], en la práctica avanzó todavía tanto en su afán de aparecer desinteresado, que aun en medio de los gravísimos cuidados de su apostolado, quiso ganar su sustento con el trabajo de sus propias manos.

8. La formación intelectual en el tiempo de preparación. Punto es también que no debe descuidarse, la diligente preparación que exige la vida del misionero, por más que pueda parecer a alguno que no hay por qué atesorar tanto caudal de saber para donde sólo se han de evangelizar pueblos desprovistos aun de la más elemental cultura. No puede dudarse, es verdad, que en orden a salvar almas, prevalecen los medios sobrenaturales de la virtud sobre los de la ciencia; pero también es cierto que quien no esté provisto de un buen caudal de saber, se encontrará muchas veces con muchas deficiencias para desempeñar con fruto su ministerio. ¡Cuántas veces, sin poder recurrir a los libros y a sabios con quienes poder aconsejarse, se verá en la precisión de contestar a muchas dificultades en materia de religión y a consultas sobre asuntos muy difíciles! Y claro que, en estos casos, la reputación social del misionero depende de parecer docto e instruído, y más, si se trata de pueblos que se glorían de progreso y cultura, sería muy poco decoroso quedar entonces los maestros de la verdad a la zaga de los ministros del error.

Conviene, pues, que los aspirantes al sacerdocio que se sientan con vocación misionera, mientras se forman para ser útiles en estas expediciones apostólicas, se hagan con todo el caudal de conocimientos sagrados y profanos que las situaciones del misionero reclaman. Esto queremos, como es justo, se cumpla en las clases del Colegio Urbano Pontificio, instituido para la propagación de la Fe; en el que mandamos, además, que en adelante se abran clases de las cosas que atañen a la ciencia de las misiones.

El estudio de la lengua. Y ante todo, sea el primer estudio, como es natural, el de la lengua que hablan sus futuros misionados. Ni debe bastar un conocimiento somero de ella, sino que debe llegar hasta dominarla y manejarla con destreza, pues obligado está el misionero no sólo para con los ignorantes, sino también para con los doctos, y a
la vista salta la benevolencia que gran- 449
jea entre los naturales el dominio perfecto de su lengua. Misionero que se precie de diligente en el cumplimiento de su deber, no encomienda a catequistas la explicación de la doctrina, que considerará como una de sus principales tareas, toda vez que para eso ha sido enviado por Dios a las Misiones para predicar el Evangelio; además, han de ocurrirle casos, por su ministerio de apóstol y de intérprete de la religión tan santa, en los que, por invitación o cortesía, se verá obligado a tener que tratar con las autoridades y hombres de letras de la Misión, y se ve fácilmente el papel que hacen en tales circunstancias los que, por falta de manejo de la lengua, no saben expresarse correctamente.

(6a) I Tim. 6, 8.

Tal ha sido uno de los fines que ha poco hemos tenido ante los ojos, cuando, para mirar por la propagación e incremento del nombre cristiano entre los orientales, fundamos en Roma una casa con el intento de que quienes habían de ejercer el apostolado en aquellas tierras, saliesen de ella provistos de la ciencia, el conocimiento de la lengua y costumbres y demás requisitos que debe adornar a un buen misionero del Oriente.

Esta fundación Nos parece de mucha trascendencia, y así aprovechamos esta ocasión para exhortar a los Superiores de los Institutos Religiosos, a los que han confiado estas Misiones, que no quieran mandar sin una rica provisión de estos conocimientos a los que destinen a las Misiones Orientales.

9. **La propia santificación.** Pero quienes deseen hacerse aptos para el apostolado, tienen que concentrar necesariamente sus energías en lo que antes hemos indicado, y ya ello de por sí entraña la mayor trascendencia: hablo de la propia santificación; pues no hay duda, que ha de ser hombre de Dios quien a Dios ha de predicar, como ha de huir del pecado quien a los demás exhorta a que lo detesten.

Y conducta es ésta de peculiar aplicación tratándose de quien ha de vivir entre infieles, en los cuales predomina la impresión de lo que ven, sobre la razón; y para quienes el ejemplo de vida en punto de convertirles a la fe es más elocuente que la palabra.

Supóngase un misionero que a las más bellas prendas de inteligencia y carácter haya unido una formación tan vasta como culta y un trato de gentes exquisito; si este tal no hiciera acompañar sus dotes personales con una vida irreprochable, su influjo en orden a la salvación de los pueblos, además de ser escaso cuando no nulo, correría peligro de convertirse en ruina de sí mismo y de los demás.

Las virtudes misioneras. Vese, pues, que el misionero debe ser dechado de todos por su humildad, obediencia, pureza de costumbres, señalándose sobre todo por su piedad y por su espíritu de unión y continuo trato con Dios, de quien ha de procurar a menudo recabar el éxito de sus negocios espirituales, 450 convencido de que la medida de la gracia y ayudas divinas en sus empresas será proporcionada al grado de su unión con Dios. Para él es aquel consejo de SAN PABLO[7] *"Revestíos como escogidos que sois de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia"*.

Con el auxilio de estas virtudes caerán todos los estorbos, y quedará llana y patente a la verdad la entrada en los corazones de los hombres; porque no es de creer que resistan fácilmente a su influencia más que las almas de una rebeldía contumaz.

La adaptación misionera. Así que el misionero, que lleno de caridad a ejemplo de Jesucristo trata de engrosar el número de los hijos de Dios aun con la hez de la gentilidad, ya que también ésta se rescató con el precio de la misma sangre divina, evite el irritarse ante su ferocidad como el dejarse impresionar de su degradación moral: por el contrario, sin muestras ni de desprecio ni de hastíos, lejos de todo trato brusco e intemperante, debe ingeniarse con cuantos recursos la mansedumbre cristiana le inspire, para lograr irla llevando suavemente hacia el regazo de Jesús, su buen Pastor.

Medite a este propósito aquello de la Sagrada Escritura: *"¡Oh cuán benigno y suave es, Señor, tu espíritu en todas las cosas! De aquí es que a los que andan perdidos, tú los castigas poco a poco; y los amonestas y les hablas de las faltas que cometen para que, dejada la malicia, crean en Ti, ¡oh Señor!... Pero como Tú eres el soberano Señor de todo, juzgas sin pasión y nos gobiernas con moderación suma"*[8]. Porque ni las dificultades, ni los vejámenes, ni los peligros, ni nada lograrán hacer desistir de lo comenzado al embajador de Cristo de este temple de espíritu. Objeto de las predilecciones del

(7) Colos. 3, 12.

(8) Sabid. 12, 1-2; 12, 18.

Señor y consagrado totalmente a tan sublime ministerio, él sabrá soportar y aun abrazar con heroica magnanimidad todas las contrariedades, asperezas, sufrimientos, fatigas, calumnias, indigencias, hambres, y hasta la muerte más cruel, con tal de arrancar una sola alma de las fauces del infierno.

Confianza en Dios. Con esta disposición y estos alientos siga el misionero tras las huellas de Cristo y de sus Apóstoles, henchida, sí, el alma de esperanza, pero convencido de que su confianza debe estribar sólo en Dios.

La propagación de la Fe cristiana, lo repetimos, es toda ella obra exclusiva de Dios; pues de Dios solo es penetrar en el corazón para derramar allí sobre la inteligencia la luz de la ilustración divina, y para enardecer la voluntad
451 con los estímulos de las virtudes, a la vez que prestar al alma las fuerzas sobrenaturales con las que puede ésta corresponder y efectuar lo que por la luz divina comprendió ser bueno y verdadero. De donde se ve que, si el Señor no auxilia con su gracia a su ministro, quedará éste condenado a la esterilidad. No por esto, sin embargo, deje de trabajar con todo ahinco en lo emprendido, confiando en que la divina gracia está siempre a merced de quien acude a la oración.

10. **El apostolado de la mujer misionera.** No quiero terminar esta parte sin hacer honorífica mención de las mujeres que ya desde la cuna misma del cristianismo aparecen trabajando y ayudando a los misioneros en su labor apostólica. Y sean Nuestras mayores alabanzas en loor de esas Vírgenes consagradas al Señor, que en tanto número sirven a las Misiones, dedicadas a la educación de la niñez y al servicio de innumerables Instituciones de caridad. Quisiéramos que esta Nuestra recomendación de su benemeritísima labor sirviese para infundirles nuevos ánimos en obra de tanta gloria de la Iglesia. Y persuádanse todas que el fruto de su ministerio seguirá a la medida del grado de su entrega a la perfección.

La obra y misión de los cristianos en general. Tiempo es ya de dirigir Nuestra palabra a todos aquellos que, por especial gracia del Señor tan misericordioso, gozamos de la Fe y participamos de los innumerables beneficios que de ella dimanan.

Primeramente procuren no olvidar el vínculo que les impone de ver de coadyuvar a las Misiones aquella sagrada ley por la que *"obligó (Dios) a cada uno a mirar por el bien de su prójimo"*[9]. Y si este precepto es tanto más urgente cuanto apremia más la necesidad, ¿qué clase de hombres más acreedores a nuestro socorro fraternal que los infieles, quienes partiendo del desconocimiento de Dios, presa de la ceguera y de las más desenfrenadas pasiones, yacen en la más abyecta servidumbre del demonio? Ayudarles, pues, en cuanto esté a Nuestros alcances por medio de Nuestra colaboración misional a que salgan de esas tinieblas, además de cumplir en cuestión tan grave con un deber de caridad, es saber agradecer al Señor del mejor modo posible el beneficio de la Fe.

11. **Las tres maneras de ayudar a las Misiones. a) La oración.** A tres se reducen los géneros de ayuda de las Misiones, y que los mismos misioneros no cesan de encarecernos. Es el primero, fácilmente asequible a todos, el 452
de la oración por la salvación de los infieles. Porque, según hemos repetido ya varias veces, vana y estéril ha de ser la labor del misionero si no la fecunda la gracia de Dios: así lo atestigua SAN PABLO: *"Yo planté, Apolo regó, pero Dios sólo es quien dio el crecer y el dar fruto"*[10]. Sabido es que el único camino para lograr esta gracia es la humilde perseverancia en la oración; porque *"cualquier cosa,* dice el Señor, *que pidieren dársela ha mi Padre"*[11]. Ahora bien, si en materia alguna, en ésta sin duda más que en otras, es imposible se frustre el efecto de la oración, ya que no hay petición ni más excelente, ni de más agrado del Señor.

(9) Eclesiást. 17, 12.
(10) I Corint. 3, 6.
(11) Mat. 18, 19.

Así, pues, como MOISÉS cuando luchaban los israelitas contra AMALEC levantaba sus brazos suplicantes al cielo en la cumbre de la montaña, del mismo modo mientras los misioneros del Evangelio se fatigan en el cultivo de la viña del Señor, todos los fieles cristianos deben acudir en su ayuda con sus oraciones. Como para este efecto hállase ya establecida la asociación llamada el *"Apostolado de la Oración"*, queremos recomendarla aquí encarecidamente a todos los buenos cristianos, rogándolos quieran pertenecer a sus filas, para que así, si no de obra, al menos por el celo, sean partícipes de las fatigas apostólicas.

12. **b) Las vocaciones Misioneras y selección de los misioneros.** En segundo lugar, urge la necesidad de cubrir los huecos que abre la extremada falta de misioneros; que si siempre fue mucha, ahora por motivo de la guerra preséntase en proporciones alarmantes; como que muchas parcelas de la viña del Señor han tenido que quedar abandonadas. Punto es éste, Venerables Hermanos, que Nos obliga a recurrir a vuestra próvida diligencia; y sabed que sería la más exquisita prueba de afecto que daríais respecto de la Iglesia, si os esmerarais en fomentar la semilla de vocación misionera que tal vez empiece a germinar en los corazones de vuestros sacerdotes y seminaristas. No os dejéis engañar por ciertas apariencias de bien, ni por meros motivos humanos, so pretexto de que los sujetos que consagréis a las misiones serán una pérdida para vuestras Diócesis. Y a los Superiores de las Ordenes e Institutos Religiosos que tienen a su cargo Misiones extranjeras, les pedimos y suplicamos no dediquen a tan difícil empresa sino sujetos escogidísimos, que sobresalgan por su intachable conducta, de-
453 voción acendrada y celo de las almas; a los misioneros, que vean quienes son más diestros en darse maña para arrancar a los pueblos de sus groseras supersticiones, y una vez que éstos vayan consolidando sus misiones, como a soldados avezados trasládenlos a nuevas regiones, encargando gustosos lo ya evangelizado al cuidado de otros que miren por completar lo adquirido. De esta suerte, a la medida que trabajan en el cultivo de una mies copiosísima, harán descender sobre sus Familias Religiosas las bendiciones de lo alto.

13. **c) Las Limosnas. - La Propagación de la Fe. - Santa Infancia.** El tercer recurso, y no escaso, que reclama la actual situación de las Misiones es el de la limosna, pues por efecto de la guerra se han acumulado sobre las Misiones necesidades sin cuento. ¡Cuántas escuelas, hospitales, enfermerías y mil y mil otras instituciones gratuitas de caridad deshechas y desaparecidas por completo! Espectáculo que nos obliga a hacer una llamada a todos los buenos corazones, a que quieran remediar tan gran miseria; *"porque quien posee bienes de este mundo y viendo a su hermano en indigencia cierra sus entrañas para no compadecerse de él ¿cómo es posible que resida en él la caridad de* Dios?"(12). Y si esto exige el Apóstol SAN JUAN cuando se trata sólo del alivio de necesidades temporales, de su peso se cae la obligación religiosa que mana de esta ley de la caridad al aplicarla a esas casi infinitas muchedumbres de miserables seres en los que a la mayor pobreza e indigencia corporales se junta, sobre todo, que nos están pidiendo los saquemos del despótico cautiverio del demonio a la libertad propia de los hijos de Dios. Por lo cual queremos recomendar a la generosidad de los católicos favorezcan preferentemente las Instituciones Misionales.

Y sea la *primera* de éstas la llamada *"Obra de la Propagación de la Fe"*, tantas veces elogiada por Nuestros Predecesores y por Nos, y a la que quisiéramos que la Congregación de Propaganda la hiciera con su empeño rendir en adelante todo el ubérrimo fruto que de ella puede sacarse. Porque muy provista ha de estar la fuente principal de donde no sólo las actuales Misiones, sino aun las que todavía estén por establecerse, han de surtirse y proveerse. Confiamos, sí, en que no consentirá el

(12) I Juan 3, 17.

orbe católico que, mientras los predicadores del error abundan en oro para su propaganda, los misioneros de la verdad tengan que luchar con la falta de todo.

La *segunda* obra, que también reco-
454 mendamos intensamente a todos, es la de *"La Santa Infancia"*, obra cuyo fin es proporcionar el bautismo a los niños moribundos hijos de paganos; y hácese esta obra tanto más simpática, cuanto que también nuestros niños tienen en ella su participación; con lo cual, a la vez que aprenden a estimar el valor del beneficio de la Fe, se acostumbran a la práctica de cooperar en su difusión.

No queremos tampoco dejar de mencionar aquí la *"Obra de San Pedro"* establecida con el fin de coadyuvar a la educación y formación del clero indígena.

Además deseamos que se cumpla también lo prescrito por Nuestro Predecesor LEÓN XIII, de santa memoria, que en el día de la Epifanía del Señor se haga en todas las iglesias del mundo la colecta *"para redimir esclavos en Africa";* colecta que debe remitirse íntegra a la Sagrada Congregación.

Organización del clero. Pero para que estos Nuestros deseos lleguen a cumplirse bajo la más segura garantía y con éxito halagador, debéis de un modo especial, Venerables Hermanos, organizar vuestro clero en punto a Misiones. En efecto: el pueblo fiel siente propensión innata a socorrer con largueza las empresas apostólicas: y así, obra ha de ser de vuestra diligencia saber encauzar en bien y prosperidad de las Misiones ese espíritu de liberalidad.

14. **La Unión Misional del Clero.** Para el logro de esto, sería Nuestro deseo se implantase en todas las diócesis del mundo la *"Unión Misional del Clero"*, sujeta en todo a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, a la que por Nuestra parte hemos otorgado todas las atribuciones que exige su perfecto funcionamiento.

Apenas nacida en Italia la Liga, hase extendido ya por varias otras regiones; y objeto juntamente de Nuestra complacencia florece al amparo de no pocos favores pontificios. Y con razón: porque su carácter cuadra perfectamente con el influjo que debe ejercer el sacerdote no sólo para despertar interés entre sus fieles por la conversión del paganismo, sino para que contribuyan a favorecer las obras misioneras que llevan Nuestra aprobación.

15. **Exhortación final.** He aquí Venerables Hermanos, lo que he creído deber escribiros sobre la difusión del Catolicismo por toda la tierra. Si cada uno, fijo en su puesto en orden a las Misiones, lejos de la patria los misioneros, y en ella los demás cristianos, cumpliese con su cometido, abrigamos la confianza de que presto tornarían las Misiones a reverdecer llenas de vida, repuestas ya de las profundas y peligrosas heridas que les ha ocasionado la guerra. Y cual si aún repercutiese a nuestros oídos aquel "duc in altum"(13) dicho a PEDRO por el Señor, a los ardorosos impulsos de Nuestro corazón de padre, sólo ansiamos conducir a la humanidad entera a los brazos de Jesucristo. La Iglesia siempre ha de llevar entrañado en su ser el espíritu de Dios, rebosante de vida y fecundidad; y no es posible que el celo de tantos varones que han fecundado y aún fecundan con sus sudores de apóstoles las tierras por conquistar, carezca de su fruto natural. Tras ellos, inducidos sin duda por su ejemplo, surgirán después nuevos escuadrones, los cuales, merced a la caritativa munificencia de los buenos, engendrarán a nueva vida numerosísimos y dichosos vástagos de la Iglesia.

Oración y bendición papal. Secunde los anhelos de todos la gran Madre de Dios y Reina de los Apóstoles, e impetre la difusión del Espíritu Santo sobre los pregoneros de la Fe; y como auspicio de tanta gracia y en prenda de Nuestro amor, a vosotros, Venerables Hermanos, y a vuestro clero y al pueblo Os otorgamos amantísimamente la Apostólica Bendición.

Dado en Roma en San Pedro el 30 de Noviembre de 1919, el sexto de Nuestro Pontificado.

BENEDICTO PAPA XV.

(13) Luc. 5, 4. *"Guía mar adentro"*.